

Obras y Autores:

Hugo Correa: "Los Títeres"

Por HERNAN DEL SOLAR

Hasta los más obstinados naturalistas no se mostraron enemigos de lo maravilloso. Más de una vez lo buscaron y describieron con visible agrado. La vida les resultaba demasiado oscura y si se complacían en demostrar que lo era, y a veces sin remedio, no rehuían las pequeñas ocasiones de asomarse a lo que no es cotidiano, a lo que se sale de las rígidas costumbres, a lo que divierte. Y entonces, a la observación justísima, al rigor científico, a la severidad completamente ajena a la más fugaz de las sonrisas, le ponían de repente un poquito de imaginación volandera. Excelente modo de sazorar la amargura.

Los escritores, sin que poco o nada importen sus tendencias, lo que siempre han intentado es entretener de una u otra manera al lector. Y lo maravilloso, lo que nada tiene que ver con lo rutinario y aburrido, es una de las mejores posibilidades de entretener. Hay que andarse, sí, con cuidado en su manejo. Lo maravilloso debe darse con la cosa más natural del mundo. Es decir, con toda sencillez. Que no haya detalle alguno que haga perder el equilibrio, la verosimilitud, y todo parezca de improviso un cuento de hadas contado por un infeliz que ni por casualidad divisó siquiera un hada en su vida.

En otras épocas, cuando los novelistas querían conectar un rato a sus lectores con lo maravilloso, casi siempre daban un salto cronológico, signo de grandes campeones: saltaban de su propio tiempo, del suelo que los sustentaba, y brincando por los años iban a dar a un pasado distante. Suponían que en eras más o menos remotas todo tenía que ser posible. ¿Quién podría demostrarles lo contrario? Y era así, entonces, cómo novelistas y lectores jugaban, entretenidísimos, con las más extrañas cosas, dándolas por reales, indudables, dignas de vivirse con una alegría asombrada de la mejor ley.

Los novelistas de hoy dejan dormir pacíficamente los tiempos pasados. Les interesa muchísimo más ir a buscar el asombro y la maravilla en tiempos futuros. Por aquellos años podrá ser todo más emocionante, más raramente hermoso, más novelescamente humano.

Entre los escritores chilenos, Hugo Correa es de los que, con celebrable insistencia, pone a su imaginación a incursionar por los días no llegados aún. Lo hacen todos los cultores de la "science-fiction", de los que no tenemos muchos ejemplares aquí. El género es difícil y no cualquiera puede abordarlo con seguridad de triunfo. Los ejemplos abundan en el mundo entero.

Desde las primeras páginas de "Los títeres" advertimos que no se le puede arrinconar en el montón innominado. Estamos, ciertamente, ante un escritor. No intenta serlo, como otros, con la misma irresponsabilidad optimista con que, al escribir un libro, creen estar tomando un boleto de lotería. Hugo Correa es, nada cuesta notarlo, hombre que lee, que posee cultura, que respeta su lenguaje. Así creemos que son, o deben ser, los escritores.

Entremos en la primera historia: "Alter Ego". Impresión inmediata: sabemos, sentimos que no nos hallamos en nuestro tiempo. Se nos ha entrado, de sopetón, en el futuro. ¿Cuál? No nos importa. Es un tiempo perfectamente establecido, regido por leyes particulares que no conocemos. Y he aquí que, desde el primer momento, somos coetáneos de los personajes. Lo extraordinario que empieza a desarrollarse

ante nosotros se nos antoja naturalísimo. No necesitamos explicaciones. Lo único que interesa es que prestemos atención. Y he aquí lo que vamos sabiendo:

"Señor: "Aquí está su Alter Ego. Tenga la bondad de firmar el comprobante".

"Demetrio abrió el estuche y retrocedió maravillado: allí estaba él, los brazos pegados al cuerpo, en la más completa desnudez e inmovilidad. Si la posición erguida no fuese la menos apropiada para un durmiente, lo habría despertado: tan naturales parecían el color de su piel, las arrugas que empezaban a esbozarse alrededor de los ojos, los labios delgados y la frente despejada. El pelo liso, peinado cuidadosamente, como el de su doble humano".

Una reproducción perfecta, en suma. Demetrio hizo caminar al títere. Se sintió admirablemente representado. Ninguna diferencia. Los mismos movimientos, igual soltura, idéntico ritmo. Para que la prueba fuese más completa, Demetrio se colocó el casco introyector y poquísimo después comenzó a verlo todo por los ojos del títere. Desde ese momento, la vida se le duplicaba. Llevaba consigo la suya, pero a la vez empezaba a poseer la del sosias. Por aquella época, no tener un doble era, al parecer, una inalficible manifestación de pobreza. Los títeres servían como esclavos sumisos. Gracias a ellos, la existencia se facilitaba inenarrablemente en toda cosa: el trabajo, el placer, la ambición, el ocio.

Pero si hasta entonces no había sucedido, el caso es que repentinamente el títere de Demetrio adquirió cierta peligrosa originalidad. Fue un sosias rebelde. Se convirtió con inaudita celeridad en la conciencia moral de Demetrio. Contó con juicios normativos espontáneos acerca del valor moral de determinados actos de su dueño. Y con sensibilidad resueltamente existencialista sintió asco de ciertas indeterminaciones de Demetrio. ¿Se trataba, pues, de un hombre echado a la deriva, transeúnte del azar, incapaz de realizar una elección, de regalarse siquiera un vago proyecto de destino? No. Un sosias que se respeta no cae en semejante desventura. Y con una voluntad de títere que se humaniza, endureció la mirada, sacó una pistola de un estante abierto y disparó. "El ciclo se ha cerrado", dijo. Y con estas palabras acaba un cuento que no sólo entretiene, se sigue atentamente hasta el final sino que, como si se tratara de una historia realista, acaecida, se siente junto al hombre el imperativo de que esconda su títere en el más inencontrable desván de la vida. ¿Moraleja? No, por cierto. Util verdad que un escritor hace bien en contar y repetir, sobre todo si lo hace con la sencillez risueña de Hugo Correa.

Si hemos diseñado a grandes rasgos la primera historia no lo hemos hecho sino con la intención de acercarnos al espíritu que, según nos parece, dirige al escritor. Cuando narra historias de épocas tal vez distantes, que todavía no divisamos aunque pueden muy bien estar agazapadas en cualquier recodo del tiempo, no lo hace con ánimo de evasión, de huir del hombre para divertirse manejando muñecos. Todos sus otros cuentos, llenos de imaginación y también de lejana cronología, nos parecen ocurridos en un rincón de nuestra propia época, un rincón en que tiene guardadas cosas extraordinarias y numerosas posibilidades de nuevos descubrimientos, o sea, de realidades inéditas que son, precisamente, sangre y vida de novela.